Globethics Repository

Brasil. Presidenciales 1998 [Brazil. 1998 presidential]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Guilhon Albuquerque, José Augusto
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-15 05:04:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219290

Brasil. Presidenciales 1998

¿Victoria del gobierno o derrota opositora?

José Augusto Guilhon Albuquerque

con la colaboración de
Elizabeth Balbachevsky
Denil de Oliveira Holzhacker

Las elecciones presidenciales de octubre de 1998 en Brasil giraron alrededor de tres dimensiones: una política, otra económica y una tercera social. La primera se refiere a la crisis de la reelección, de naturaleza y efectos políticos. Por primera vez en Brasil la reelección no estuvo vedada por la Constitución, lo que ocurría obedeciendo un largo y tradicional temor al caudillismo que aún impera en la mayoría de los países latinoamericanos.

El hecho de que el actual presidente fuese el primero en beneficiarse de la enmienda constitucional que extinguió la imposibilidad de autosucesión presidencial, provocó: a) efectos directos en el desempeño del gobierno central; b) incertidumbre en el proceso de sucesión, dificultando la formación y cumplimiento de las alianzas electorales; y c) alteró el comportamiento de los electores. Los efectos del debate sobre el fin de la inelegibilidad del presidente fueron los hechos más profundos y duraderos.

Los efectos previos de la reelección

El programa de reformas emprendido por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso para consolidar la estabilidad monetaria y retomar el crecimiento, fue interrumpido durante el segundo y el tercer año de mandato, en la medida en que todo el esfuerzo parlamentario del gobierno se concentró en la

José Augusto Guilhon Albuquerque: profesor titular de Ciencias Políticas en la Universidad de Sao Paulo - USP; coordinador del Núcleo de Investigaciones en Relaciones Internacionales.

Elizabeth Balbachevsky: profesora doctora en Ciencias Políticas en la USP; investigadora senior del Núcleo de Investigaciones en Relaciones Internacionales.

Denil de Oliveira Holzhacker: becaria de la Fapesp, cursante de la Maestría en Ciencias Políticas e investigadora asistente del Núcleo de Investigaciones en Relaciones Internacionales de la USP.

Palabras clave: elecciones, tendencias de voto, Brasil.

tramitación y aprobación de la enmienda constitucional. Esto tuvo dos consecuencias principales: por un lado el estancamiento de las reformas –sobre todo de la administración pública y del Seguro Social–, que redujo drásticamente la capacidad del gobierno para detener el creciente déficit público, y, por otro, forzó al Ejecutivo a aumentar de forma considerable las concesiones hechas a diversos interlocutores: parlamentarios individuales, partidos, o los poderes estaduales o municipales, incrementando las presiones sobre el presupuesto nacional y reduciendo la cohesión de su base de apoyo político.

Como resultado, la falta de perspectivas de un rápido retorno a la senda del crecimiento, la creciente amenaza de mayor desempleo y una sensación de vulnerabilidad externa, provocada por los déficits comercial y en la cuenta de capitales en aumento, condujeron a un significativo descenso de la popularidad gubernamental. Su punto más bajo fue el primer semestre de 1996, cuando Cardoso sufrió derrotas importantes en las elecciones municipales. A pesar de haber recuperado apoyo y popularidad en el desempeño del gobierno, durante la campaña electoral de 1998 las intenciones de voto a favor de Cardoso cayeron drásticamente amenazando su reelección, hasta el punto de haberse producido, en mayo y junio, un empate técnico con su principal contendor, Luiz Inácio «Lula» da Silva.

Además del riesgo de una segunda ronda electoral[1], Cardoso enfrentó también la posibilidad de un *tertius*, en la persona del ex-ministro Ciro Gomes, del cual se esperaba un gran desempeño electoral en la medida en que ostentaba un discurso fuertemente opositor, al mismo tiempo que se distanciaba de la oposición de izquierda.

La incertidumbre creada por la novedad de un proceso de sucesión que, por primera vez, no excluía al presidente en ejercicio, barajó las cartas de las alianzas regionales, afectando de manera profunda las relaciones de gobierno de Cardoso con su propia base partidista y, principalmente, a su propio partido, el PSDB (Partido de la Social Democracia Brasileña). En su primera elección, Cardoso enfrentó la disparidad entre las alianzas regionales y nacionales –que lo obligaron a subir a dos tarimas– con mucha más facilidad y en un restringido número de casos.

El hecho de recibir el apoyo de más de un candidato de los partidos de su coalición[2] en cada estado podría ser considerado un triunfo, pues aumentaba su base electoral en la región. En el segundo turno de 1994, hasta los candi-

1. De acuerdo con las normas electorales brasileñas, los candidatos presidenciales necesitan superar la mitad de los votos, excluidos los nulos y en blanco, para ser electos en el primer turno. Si ningún candidato obtiene más de la mitad, los dos que obtuvieron el mayor número de votos compiten en una segunda votación.

2. La coalición electoral que lanzó la candidatura de Cardoso a las elecciones de 1994 estuvo integrada en principio por el PSDB, que postuló al presidente, y por el PFL (Partido Frente Liberal), que postuló al vicepresidente Marco Maciel, además del PTB (Partido Laborista Brasileño) y otros pequeños partidos. El PMDB (Partido Movimiento Democrático Brasileño) y el PPB (Partido Popular Brasileño) se adhirieron al presidente inmediatamente des-

datos a los gobiernos regionales de partidos ajenos a la coalición cardosista intentaron vender al público la imagen de adhesión, o por lo menos de compatibilidad, con el presidente electo. Ya en las elecciones de 1998, muchos gobernadores que habían apoyado al gobierno durante todo su mandato, competían por la reelección enfrentando a candidatos de otros partidos de la coalición, y todos exigían que la campaña presidencial en su respectiva región estuviese estrechamente vinculada con sus propias candidaturas locales. Ante esta presión adicional, la campaña reeleccionista optó por limitar las vinculaciones explícitas sólo a las candidaturas a gobiernos regionales que no presentaran riesgos de conflicto dentro de la coalición. El resultado de ello es que los candidatos electos con el apoyo presidencial perciben que no le deben nada, y quienes lograron ser elegidos sin él cargan con pesados resentimientos.

En cuanto al comportamiento electoral, los efectos de la re-elegibilidad del presidente se sumaron a las consecuencias de la estabilización monetaria. Esta modificó la tradición plebiscitaria del proceso electoral brasileño, presente desde el régimen democrático de 1946 hasta el golpe militar de 1964, siendo retomado a partir de 1974 y prevaleciendo hasta las elecciones de 1989. En ese proceso el jefe del Ejecutivo, electo con un mandato popular para la ejecución de reformas, encontraba un poder legislativo ajeno a su agenda que bloqueaba las principales iniciativas. De allí resultaba la alternativa entre ceder a las presiones legislativas y renunciar al programa de reformas, perdiendo con eso el apoyo popular, o confrontar con el poder legislativo, con el riesgo de fracasar y perder a ambos –el apoyo popular y el de los legisladores–, abriendo así la posibilidad del triunfo de un candidato de la oposición con un nuevo mandato reformista.

Con el final de la crisis monetaria, desapareció el principal factor de queja contra el desempeño del Ejecutivo y surgió un argumento poderoso para la preservación de los frutos del trabajo gubernamental: la estabilidad monetaria. El gobierno enfrentó las primeras elecciones con posibilidad de reelección junto a una conjunción de dos factores favorables, en un contexto hasta entonces dominado por las ventajas plebiscitarias de la oposición: en primer lugar las de la estabilidad sobre las perspectivas de cambios pasaron a privilegiar las expectativas de progreso dentro de la continuidad; en segundo lugar, si el tema predilecto es la continuidad, el gobernante actual es la opción de menor riesgo.

En noviembre de 1994 preguntamos a 3.000 electores del estado de San Pablo[3] si en el primer turno habían votado por «quien realmente les gustaría

pués de la elección y participaron del gobierno. Ese conjunto de partidos reúne cerca del 70% de la Cámara de Diputados y el 80% del Senado.

3. Coordinado por J.A. Guilhon Albuquerque, con muestra de los profesores de la USP Carlos Braganza Pereira y Sergio Weschler, ejecutado por Toledo y Asociados con el apoyo de la Fapesp. Colaboraron Elizabeth Balbachevsky, Andre Singer y Fernando Limongi, con la asistencia de Denil de Oliveira Holzhacker y Lourdes Inoue.

votar», por quien «no era precisamente la persona que les hubiese gustado votar pero resultaba el mejor entre quienes se postularon» o si simplemente «votaron para derrotar a otro candidato». El 70% de los entrevistados dijo haber votado por el candidato de su verdadera preferencia pero, entre los electores de Lula, esa proporción subió al 80%. En la dirección opuesta, sólo el 13% de los electores de Lula admitieron que era un *second best*, contra el doble entre los electores de Cardoso (25%). Los electores de Lula prácticamente duplicaron a quienes votaron «por el mejor de los candidatos» (12,3%) respecto de quienes lo hicieron por «quien realmente les gustaría votar» (23,7%), mientras que los de Cardoso *cayeron* (respectivamente de 73,5% a 66%). Cardoso era candidato del gobierno, ministro de Hacienda y padre del Plan Real, y principal carta de triunfo de las realizaciones gubernamentales; y por añadidura se beneficiaría de la tendencia del electorado a limitar el riesgo de la sucesión gubernamental, votando por la continuidad.

En 1998[4], el panorama se presentó bastante cambiado. Ahora, sólo el 59,9% de los entrevistados informaron haber votado por la persona a quien realmente les gustaría votar, mientras la proporción de los que escogieron un *second best* aumentó al 26,5%. En esta oportunidad, casi dos tercios de los que escogieron «el mejor de los candidatos», votaron por Cardoso, contra sólo el 24,7% que escogió a Lula por la misma razón. Entre quienes consideran que votaron realmente por la mejor opción, los electores de Lula aumentaron a 33,4%[5], mientras que los de Cardoso cayeron a 48%. Mientras la proporción de los electores que votó por el candidato de su preferencia aumentó de 50,9% a 60% entre los que votaron por Lula, los que no votaron por el candidato de su preferencia sino por el mejor de ellos aumentó significativamente, de 26,5% del total de respuestas, a 35,8% de los electores de Cardoso.

La importancia de la crisis económica

La segunda crisis, la económica, es la que emana de las sucesivas crisis del sistema financiero internacional, con efectos particularmente agudos en México (1994), en Tailandia (1997) y en Rusia (1998) y que agravaron las propias dificultades internas del gobierno brasileño para controlar el déficit público y las cuentas externas. En cada uno de los tres episodios, Brasil tuvo que enfrentar los llamados «ataques especulativos» contra su moneda, lo que se hizo mediante aumentos considerables de las tasas de interés domésticas, que se produjeron, cada vez, antes de que una reducción gradual de las tasas alcanzase los niveles de normalidad –específicamente los niveles reales anteriores al Plan Real.

4. Investigación «Tipología del electorado brasileño», coordinada por J.A. Guilhon Albuquerque, con la colaboración de Elizabeth Balbachevsky y asistencia de Denil de Oliveira Holzhacker, con una muestra nacional de 2.500 entrevistas, realizadas en la segunda quincena de septiembre de 1998.
5. Diferencia significativa, con residual ajustado estandarizado de 5,3.

Esas circunstancias crearon un sentimiento general de vulnerabilidad externa de la economía, cuyo origen está en el desequilibrio comercial que se manifestó a comienzos de 1995, mientras el equilibrio monetario del Plan Real aún no sobrepasaba la marca psicológica del primer año. Al inicio, las causas domésticas fueron descartadas para culpar, a toda prisa, a la crisis mexicana, pero enseguida vinieron las pérdidas cambiarias de la crisis asiática y después las pesadas pérdidas de la crisis rusa. Por ser objeto de tantas sospechas de desequilibrio monetario, la desconfianza comenzó a extenderse de manera interna.

Gobierno y sociedad no tuvieron un diagnóstico único respecto a ese problema. Fuera, y principalmente dentro del gobierno, algunos sectores culparon a una supuesta sobrevaluación cambiaria del mal desempeño de la balanza comercial, otros hablaron de una apertura irresponsable del comercio exterior, pocos apuntaron a la inexistencia de una estrategia efectiva de aumento de la competitividad doméstica y menos aún acusaron al Ejecutivo de lenidad y hasta de complicidad con la coalición pro déficit público. A falta de un diagnóstico, el gobierno tampoco adoptó un remedio único, considerado eficaz, y ni siquiera recurrió a paliativos compatibles entre sí.

Dentro del gobierno hubo sectores que abogaron por la devaluación pura y simple, otros reclamaron medidas más drásticas de control del déficit público y enfriamiento del consumo, varios subrayaban la inexistencia de una política industrial y una efectiva protección de los sectores llamados estratégicos, otros, aprovecharon particularidades sectoriales para reintroducir mecanismos claramente proteccionistas. Más que cualquier otra cosa, fue el temor a los efectos impopulares lo que paralizó al gobierno y tornó inviable, sobre todo, la adopción de medidas de largo plazo con efectos negativos de corto plazo que pudieran atribuirse a la acción gubernamental. En vísperas de una elección en que se preparaba un segundo mandato, era preferible omitir viejos problemas que inaugurar nuevos, pospuestos por más necesarios que parecieran. Se comenzó a actuar después de la reelección, en el primer turno, básicamente a costa del nuevo aumento de la tasa de interés, de cortes presupuestarios y de aumento de la presión tributaria.

El tema de la crisis financiera internacional fue convenientemente explotado por la oposición, que hizo ataques a la dependencia externa de la economía brasilera, que en su opinión, sería la principal causa del aumento del desempleo. El anuncio de negociaciones con el FMI revivió viejos eslóganes nacionalistas de la década del 50.

Las tres tesis en discusión, a saber: si la crisis se originó totalmente en el exterior, si la crisis interna fue fruto de la incapacidad del gobierno para promover las reformas que pudieron evitarla, o si las reformas que evitarían la crisis no se realizaron porque la oposición las impidió, fueron incluidas en nuestra medición, que demostró un electorado polarizado respecto a los orígenes y la responsabilidad por la crisis, como se muestra en el cuadro 1.

Cuadro 1

Percepciones sobre el origen de la crisis financiera (en %)

La crisis vino de afuera	
de acuerdo	58
en desacuerdo	32
El presidente no hizo las reformas necesarias	
de acuerdo	48
en desacuerdo	41
La oposición no permitió que el presidente hiciera las reformas	
de acuerdo	37
en desacuerdo	49

En relación con las políticas para lidiar con la crisis financiera, existe una indefinición del electorado respecto al acierto del gobierno y de la oposición, como vemos en el cuadro 2.

Cuadro 2

Evaluación sobre la actuación del presidente y de la oposición para lidiar con la crisis (en %)

Las medidas adoptadas por el presidente son	
erradas	20
ni correctas ni erradas	32
correctas	36
Las propuestas de la oposición son	
peores	29
ni peores ni mejores	26
mejores	30

El punto más crítico de la opinión del electorado sobre el desempeño del gobierno está en la evaluación global de las prioridades de la política económica. En las elecciones de 1994, el electorado estaba dividido de modo equilibrado entre quienes defendían priorizar el control de la inflación y quienes proponían poner mayor énfasis en el combate a la miseria. Había una polarización entre las dos posiciones, involucrando el 42,4% que apoyaba la prioridad monetaria, contra el 46,4% cuya expectativa era las mejoras sociales. Esta diferencia estaba fuertemente asociada a la condición socioeconómica. Mientras los pro-estabilidad superaban los pro-justicia social en una proporción de 42,4% a 35,9% entre los más ricos, los «desarrollistas» superaban los pro-estabilidad en proporción del 45,4% a 28,7% entre la clase de más baja renta[6].

6. Fuente: J.A. Guilhon Albuquerque: «1994: Eleiçoes *versus* Instituiçoes ou Por que os brasileiros não reelegeram Fernando Collor» en *As eleiçoes de 1994 no Brasil e na Alemanha*, Fundaçao Konrad Adenauer, Coleçao Papers 18, 1995, pp. 1-22.

Pese a esta polarización, la diferencia de expectativas no se tradujo en apoyo proporcional a los dos candidatos que representaban tales opciones opuestas. La correlación más alta entre los electores de la muestra de Lula era, como se podría esperar, con la opción desarrollista, que alcanza el 26,4% contra sólo el 16,1% de los que votaron esperando acabar primero con la inflación. Sin embargo, Cardoso lo superó en ese ítem en una proporción de 72,8% a 16,1%, pero también conquistó los votos del 60,4% de los que esperaban mayor crecimiento y combate a la miseria, contra los 26,4% de Lula. Cardoso fue electo no solo porque había logrado dominar la inflación, sino también porque eso le daba credibilidad para prometer más crecimiento y prosperidad.

Estos datos no son estáticos, evidentemente porque dependen de cómo el electorado percibe la coyuntura y el desempeño del gobierno. En 1996 preguntamos a 2.000 electores en la ciudad de San Pablo[7] si la principal obligación era «aumentar los salarios y acabar con el desempleo aunque regrese la inflación», o «no permitir el regreso de la inflación, aunque los salarios no aumenten y la miseria no acabe». La polarización del electorado continuó entonces, aunque incrementando la proporción «pro-desarrollo» a 55%, mientras que los «pro-estabilidad» disminuyeron a 35%. Esa diferencia, entre los más pobres, varió de 58% a 31% y, entre los más jóvenes (16-24 años), de 67% a 26%[8].

No habría razón para suponer que Cardoso no conservaría el apoyo de quienes seguirían esperando por encima de todo la estabilidad monetaria. La cuestión era que incluso obteniendo la totalidad de los votos de esos electores, para lograr la mayoría absoluta le faltaba más del 30% de los votos de quienes esperaban más empleos, mayores salarios y más justicia social. Cardoso enfrentó, por lo tanto, problemas más que apreciables: aumentar su apoyo entre los *pro-estabilidad* para compensar el peso decreciente de estos electores dentro del electorado y, simultáneamente, contener la pérdida de apoyo entre los *pro-justicia social*, cuyo peso dentro del electorado estaba en aumento. La tarea fue contentar cada vez más a quienes deseaban la estabilidad, sin descontentar a quienes deseaban cambios: el eterno avatar del centro. Esto fue bien resuelto en 1994, cuando Cardoso no tuvo verdaderos opositores ni a la derecha ni en el centro.

En verdad, la polarización en el electorado entre los partidarios de mayor crecimiento, aunque en menoscabo de la estabilidad, y los partidarios de la estabilidad, aunque a costa del desempleo no se alteró en lo sustancial, pero su impacto diferencial sobre el voto disminuyó sensiblemente. Así, la diferencia entre pro-estabilidad y pro-crecimiento se mantuvo en una propor-

7. En investigación realizada por Toledo y Asociados con base en el plan muestral de Bragança y Weschler, con apoyo de la Fapesp, y la colaboración de Elizabeth Balbachevsky y asistencia de Denil de Oliveira Holzhacker y Amancio Oliveira.
8. J.A. Guilhon Albuquerque: «Nas Maos da direita» en *Folha de Sao Paulo*, 29/6/98, p. I-3.

ción del 35% contra el 50%. Como vemos en el cuadro 3, la diferencia entre Cardoso y Lula disminuyó entre los partidarios de la estabilidad, pero aumentó entre quienes optaron por una posición intermedia.

Cuadro 3

Intención de voto según la opinión sobre la principal prioridad del gobierno (en %)

	Obligación del gobierno					
Candidatos	**Controlar inflación**	**Promover crecimiento**	**Ambas**	**Ninguna**	**NS**	**Total**
FHC	48,9	29,9	42,9	34,1	30,0	37,3
Lula	15,5	30,6	16,8	27,1	20,0	24,4
Otros	14,6	14,1	12,6	12,9	2,5	14,0
Nulo/Blanco	7,1	8,1	8,4	9,4	17,5	8,0
No sabe	14,0	17,3	19,3	16,5	30,0	16,4
Total	845	1.341	119	85	40	2.430

La ventaja de Cardoso sobre Lula entre los pro-estabilidad ya no es de cuatro veces y media, sino poco más de tres veces. En compensación, Lula dobla de 15,5% a 30,6% cuando se pasa de los pro-estabilidad a los pro-justicia social, donde prácticamente empata con Cardoso (29,9%). La diferencia es que, entre los moderados, quienes responden que ambas políticas son prioritarias, asumiendo una posición intermedia, Lula cae nuevamente a 16,8%, y Cardoso lo supera por un factor equivalente a dos veces y media.

El electorado se muestra, por lo tanto, dividido sobre las principales políticas gubernamentales de conducción de la economía y de prevención o respuesta a la crisis financiera, y su evaluación de esas políticas no es favorable al gobierno –el 55% espera mayor énfasis en el crecimiento y distribución de la renta, el 41% no considera el Plan Real beneficioso para el país, el 32% no está de acuerdo con atribuir la crisis a factores externos, el 48% la atribuye al propio presidente, el 52% no considera correctas las medidas tomadas por el presidente y el 30% considera las propuestas de la oposición mejores que las del gobierno– y esas evaluaciones se muestran estrechamente asociadas a la opción entre Cardoso y Lula. Sin embargo, mientras la evaluación favorable de las políticas del gobierno y su reacción a la crisis está muy asociada a la victoria del presidente con un amplio margen sobre la oposición, la evaluación desfavorable del gobierno, o aun la favorable a las propuestas de la oposición está asociada a una ventaja menor o a un empate entre el presidente y su principal opositor, y sólo en los casos extremos lleva a la victoria de Lula.

Así, entre los que no admitían la tesis del gobierno en el sentido de que la crisis provenía de afuera, Lula sólo superaba a Cardoso en las intenciones de voto de quienes estaban en total desacuerdo con el origen externo de la cri-

sis, y aún así, por un pequeño margen (31%-25%). Entre los que estaban en parte en desacuerdo, Lula llegaba a un empate (32%-31%), en tanto que entre los que estaban parcial o totalmente de acuerdo con la tesis del gobierno, el presidente obtenía un gran margen de ventaja sobre su principal oponente (39%-25% y 49%-17%), como vemos en el cuadro 4.

Cuadro 4

Intención de voto por opinión sobre el origen de la crisis financiera (en %)

	La crisis vino de afuera					
Candidatos	**En desacuerdo totalmente**	**En desacuerdo parcialmente**	**De acuerdo totalmente**	**De acuerdo parcialmente**	**NS**	**Total**
FHC	25,3	31,4	38,5	49,0	25,8	37,2
Lula	31,2	32,0	24,5	16,9	23,3	24,6
Otros	18,5	15,2	12,2	14,3	11,3	14,1
Nulo/Blanco	9,1	6,6	8,0	6,0	14,2	7,9
No sabe	15,9	14,8	16,8	13,9	25,4	16,3
Total	308	500	746	700	240	2.494

De hecho, los electores de Cardoso crecieron proporcionalmente en forma lineal desde quienes estaban en total desacuerdo con el origen externo de la crisis (25,3%), hasta los que estaban de acuerdo con la tesis (49%), mientras que los de Lula siguieron la tendencia inversa, cayendo de 31%, en el primer caso, a tan sólo 16,9% en el segundo. La diferencia a su favor entre los que culpaban a los factores domésticos por la crisis es de 6 puntos, mientras que Cardoso lo superaba en una proporción de 3 a 1 en el polo opuesto. En cuanto a la ausencia de reformas que pudieran evitar la crisis, Lula sólo obtenía mayoría significativa entre los que culpaban totalmente al gobierno por esa falla (41% a 19%), perdiendo por un pequeño margen entre los que estaban de acuerdo en culpar en parte al gobierno (27%-31%), mientras que entre quienes no estaban de acuerdo con responsabilizar al gobierno, la ventaja de Cardoso subía a 49%-18% y hasta 56%-13%. Esos resultados confirman aquellos referidos al origen externo de la crisis, mostrando que el electorado de Lula quedó confinado a un sector radicalmente opuesto.

El cuadro 5 muestra el voto según la opinión acerca del papel de la oposición en el destino de las reformas domésticas que supuestamente serían necesarias para evitar los efectos de la crisis internacional en Brasil. Es evidente que los electores de Cardoso son más propensos a culpar a la oposición que los electores de Lula.

Pero esa inversión no es proporcional. Entre quienes no estaban de acuerdo en responsabilizar a la oposición por el fracaso de las reformas necesarias para impedir la crisis, Lula sólo obtuvo la mayoría entre los que rechazaban totalmente la tesis (36%-26%), mientras que la mayoría de quienes no esta-

Cuadro 5

Intención de voto según la opinión sobre el papel de la oposición en la realización de las reformas (en %)

	La oposición no permitió que el presidente hiciera las reformas necesarias					
Candidatos	**En desacuerdo totalmente**	**En desacuerdo parcialmente**	**De acuerdo totalmente**	**De acuerdo parcialmente**	**NS**	**Total**
FHC	25,7	33,9	48,0	52,8	28,9	37,2
Lula	35,7	28,3	16,4	16,0	20,5	24,6
Otros	19,8	15,3	10,7	11,3	9,9	14,1
Nulo/Blanco	7,6	7,3	7,3	4,7	14,2	7,9
No sabe	11,3	15,3	17,6	15,2	26,5	16,3
Total	631	590	579	362	332	2.494

ban de acuerdo parcialmente pretendían votar por Cardoso (34%-28%), mayoría que aumenta entre los que estaban parcial o totalmente de acuerdo con responsabilizar a la oposición (48% y 53% para Cardoso, contra 16% de Lula).

En cuanto a la reacción del electorado respecto a la gestión gubernamental destinada a solucionar los efectos de la crisis, la intención de reelegir a Cardoso creció de 31% a 63% a medida que aumentaba el acuerdo con las medidas adoptadas por el gobierno, mientras que la de elegir a Lula cae de 26% a 8%. Lula superaba las intenciones de voto respecto de Cardoso sólo entre aquellos que parcial o totalmente estaban en desacuerdo con las medidas del gobierno (47%-13% y 45%-7%). Pero Lula no se beneficiaba de la caída de Cardoso entre los opositores más radicales de las políticas anti-crisis de su gobierno porque, en ese caso, la intención de voto en otros candidatos sube a 21%, contra 14% en el total de la muestra.

Veamos ahora de qué manera el juicio sobre las propuestas de la oposición afectaron el voto por los dos principales candidatos.

Cuadro 6

Intención de voto para Presidente según la evaluación de las propuestas de la oposición para resolver la crisis (en %)

	Las propuestas de la oposición fueron mejores						
Candidatos	**Mucho peores**	**2**	**3**	**4**	**Mucho mejores**	**NS**	**Total**
FHC	73,9	64,7	32,6	17,2	8,9	31,3	37,2
Lula	4,4	4,2	21,9	44,2	54,1	19,3	24,6
Otros	6,0	7,3	16,2	19,6	25,4	7,7	14,1
Nulo/Blanco	5,5	7,9	9,8	6,0	5,0	11,6	7,9
No sabe	10,2	15,8	19,5	13,1	6,5	30,1	16,3
Total	364	354	666	419	338	352	2.493

El cuadro 6 muestra que la intención de voto a favor de Cardoso aumentó ocho veces, en proporción inversa a la del acuerdo con la tesis de la oposición, pasando de 8,9% de los que juzgaban las medidas de la oposición mucho mejores que las del gobierno, a 73,9% de los que pensaban lo contrario. Con los electores de Lula ocurrió al revés, y con una curva inicialmente mucho más acentuada pero que se aplanó al final.

Consecuencia de eso, Lula sólo obtenía la mayoría entre el 30% que consideraba las propuestas de la oposición mejores que las adoptadas por el presidente (44%-17% y 54%-9%), mientras que Cardoso ganaba en todos los demás casos, creciendo de 33% al 22% entre los que no consideraban las propuestas de la oposición ni mejores ni peores.

Votos y brecha social

Resta anotar la cuestión de la dimensión social de la disputa electoral. Además de la polarización de la sociedad alrededor de las prioridades macroeconómicas, que redundan en la adopción de políticas sociales, otra cuestión importante es la de la aprobación del Plan Real y del juicio sobre sus eventuales beneficios para el país. El apoyo al Plan Real se mantuvo elevado y el 58% de los entrevistados consideraron sus resultados como beneficiosos para el país, contra sólo el 15% que lo consideró perjudicial. Sin embargo, cuando se pondera los que asumieron una posición intermedia –«ni beneficioso, ni perjudicial» (41%)– la proporción de quienes no consideraron al Real como beneficioso llega al 56%.

Como vemos en el cuadro 7, entre quienes consideraron al Real beneficioso o muy beneficioso para el país –58% de las respuestas–, Cardoso obtuvo el 43% y el 56% de las intenciones de voto, mientras que Lula alcanzó proporciones comparables (52% y 47%) entre el 15% que consideraba al Real perjudicial, y superó al presidente por un pequeño margen (32% a 26%) entre quienes prefirieron una posición intermedia. Esta es la dimensión más polarizada entre ambos candidatos.

Cuadro 7

Intención de voto según la opinión sobre los beneficios del Plan Real para Brasil (en %)

	Beneficios del Plan Real para Brasil						
Candidatos	**Mucho perjuicio**	**2**	**3**	**4**	**Mucho beneficio**	**NS**	**Total**
FHC	6,0	8,9	25,6	43,0	56,4	33,3	37,2
Lula	47,2	51,8	32,4	18,9	11,4	9,5	24,6
Otros	22,1	19,0	15,4	12,6	11,2	9,5	14,1
Nulo/Blanco	9,5	7,1	8,6	8,3	6,1	28,6	7,9
No sabe	15,1	13,1	18,0	17,2	14,9	19,0	16,3
Total	199	168	661	676	771	21	2.496

La derrota de Lula se debió no tanto a que Cardoso fuese el candidato ideal para el elector, porque haya emprendido las reformas necesarias para evitar la crisis, porque haya adoptado medidas correctas para enfrentarlas en el momento adecuado, o porque haya sido el realizador del Plan Real, que trajo beneficios para Brasil; se debió sobre todo al hecho de que el elector no creyó que Lula pudiese hacerlo mejor. Lula perdió no tanto porque sus propuestas no fuesen mejores, sino porque el elector que las consideró mejores, aceptó al presidente y, aquél que las consideró peores manifestó un fuerte rechazo por el candidato petista.

La sociedad brasilera estaba dividida entre los que apoyaban la política de estabilización y de reformas de Fernando Henrique y los que preferían una política desarrollista, entre quienes culpaban al gobierno y quienes responsabilizaban a la oposición por la ausencia de reformas que evitaran la crisis. El problema de Lula fue que Cardoso era razonablemente tolerado por quienes dudaban de la corrección de sus políticas, estaban insatisfechos con las medidas adoptadas frente a la crisis y preferían las políticas defendidas por la oposición, pero muy pocos estaban convencidos de que Lula era una mejor opción.

Mientras tanto Lula fue fuertemente rechazado por los que se alineaban con las posiciones del gobierno, culpaban a la oposición por el fracaso de las reformas y consideraban las propuestas opositoras mucho peores que las del gobierno. Cardoso ganó, no tanto porque la mayoría de los electores estuviese convencida de que él resolvería los problemas sino porque estaban convencidos de que Lula podía agravarlos. Resumiendo, no fue la satisfacción con el gobierno lo que movió al elector, sino el miedo a la oposición.

San Pablo, diciembre de 1998

Socialismo y Participación

1998 Lima Nº 82

ARTICULOS: La formación del Estado nacional: etnicidad y política en el Perú, **Francisco Guerra García**. La «democracia barata» en nuestra América, **Nicolás Lynch**. Un defecto de instalación y una falla de la memoria, **Mirko Lauer**. Pensar o dispensar la democracia, **Rafael Roncagliolo**. Críticas (bien intencionadas) a un crítico, **Sinesio López**. Multiculturalidad y pluralismo, **Luis Tapia**. La segunda muerte anunciada de las ideologías, **David Sobrevilla**. Lineamientos para la reforma de la justicia militar en el Perú, **Javier de Belaúnde**. El cambio constitucional en Colombia y los obstáculos a las transformaciones del régimen político, **Adolfo A. Alvarez R.** La globalización: un ensayo teórico para iniciados, **Oscar Ugarteche**. ARTE: Respuestas a Lady, **Rocío Silva Santisteban**. Sobre la estera de flores pintas tu canto, **Leslie Lee**. NOVEDAD BIBLIOGRAFICA. PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Socialismo y Participación *es una publicación trimestral del CEDEP (Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación). Suscripción anual: América US$ 60; Resto del Mundo US$ 65. Av. José Faustino Sánchez Carrión 790, Lima 17 - Perú. Teléfonos: 460-2855 / 463-0099 / 461-5598. Fax: 461-6446; E-mail: Postmaster@cedep.org.pe.*